

Mi primera y última escalada con Pedro

POR LUIS ALFONSO ALLER

Como tantos otros días, también aquella mañana, el sol se había lanzado sobre Echauri y había limpiado paredes y aristas con su líquido rubio. Habían estado negras por la noche y ahora relucían, habían estado tristes y ahora reflejaban alegría. Fausta bendición la del nuevo y cálido día de verano que cobraba nueva vida en aquellos momentos.

Los enhiestos monolitos parecían estar rodeados por pistas de luz húmeda que desembocara en anfiteatros de plácido incendio. Pisotear estos lugares con nuestro calzado de novato nos parecía casi un sacrilegio; manchar de negro ese generoso resplandor con la sombra de nuestro cuerpo inexperto era culpa, que casi suscitaba arrepentimiento. Nuestros pasos resonaban entre los derrubios, como una grosera ofensa al silencio.

Lo recuerdo tan perfectamente como si hubiera sido ayer; Pedro y yo íbamos a realizar nuestra primera escalada, que por aquel entonces nos parecía de gran dificultad: el Cantero, por la vía normal. Imponía tanto sobre nuestro ánimo la decisión que habíamos tomado, y nos infundía tan religioso pavor las almenadas e inaccesibles murallas, que más parecía que anduviéramos en el interior de un santuario que entre pelados riscos; hasta el humo del cigarrillo nos parecía una injuria al aire purificado de la sierra.

Aquella sería nuestra primera ascensión en nuestro historial de escalada. Todo resucitaba y sonreía para nosotros dos en aquella dorada mañana de Agosto. ¿Por qué no habíamos de brindar una sonrisa a lo desconocido que nos esperaba en la aérea pared, y que había recuperado aquella mañana también su porción de esperanzas?

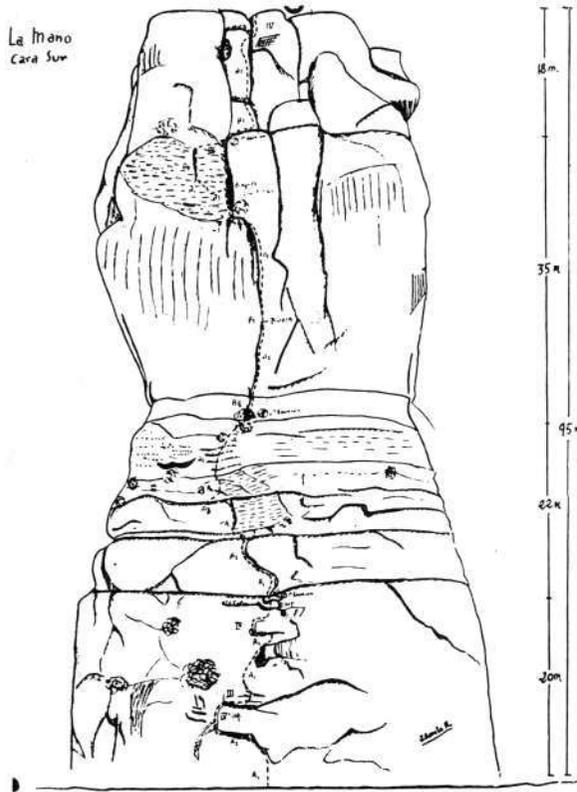
Después de dos o tres horas de esfuerzos continuados, entremezclados a despecho, por pequeños descansos, logramos coronar, con una satisfacción inefable, la melenuda cima del Cantero. Ni un ruido se levantaba del inmenso campamento de piedra. Un vasto silencio circunscribía la escena y la hora.

¿Habríamos penetrado, acaso, sin quererlo, por sorpresa, en un mundo trasfigurado que no nos pertenecía? Entonces nos dimos cuenta de estar viendo, por vez primera, los lugares para los que habíamos nacido, de estar descubriendo una nueva patria: la Montaña.

Desde entonces, como en nuestro inolvidable primer día de escalada, juntos hemos recorrido nuestras amadas cumbres, ¿recuerdas Pedro? Juntos hemos presenciado infinitas veces el poético espectáculo de la luz del sol y el murmullo de sus rayos bajando sobre las laderas herbosas, sobre los húmedos barrancos o sobre las grietas blanquecinas de los glaciares. Bajo la nieve de las alturas, de-

retida, descubrimos en nuestras andanzas, afestonadas hojas de fresas, céspedes vírgenes, humildes bosquecillos de violetas y tomillo. En ocasiones, las nubes reposaban sobre los túmulos alpinos como restos de fogatas de alegría; en otras, el oro violeta de los rayos bajaba y centelleaba en los bordes del arco iris. ¿Verdad, Pedro, que es lo más bello que hemos visto jamás? Ni siquiera hablábamos en tales instantes, no sé si por asombro o por temor de perder hasta el más mínimo detalle de tan singulares escenas.

Cinco años después, volvíamos al mismo escenario de nuestra primera escala-



da. La cara sur de la Mano nos esperaba, sin ser repetida, después de casi cuatro años de ser hecha por primera vez. En esta ocasión, ni la mañana era tan cálida, ni la escalada tenía la misma dificultad del Cantero. Pero, tú Pedro, estabas en plena forma; parecías un consumado equilibrista, salvando con los estribos los numerosos extraplomos. Fue todo un día de lucha, pero la satisfacción fue proporcional al esfuerzo.

Pocos días después, casi repentinamente, nos abandonabas, sin apenas avisar, como si tuvieras prisa; como si la ascensión a la mansión eterna no te permitiera pérdida de tiempo. Fueron días de pesadilla para todos los que te hemos querido. Y aún ahora, cada vez que construyo en mi mente o simplemente recuerdo aque-

llas tristes escenas, se me presentan con toda su crudeza; ahuyentadas vuelven de nuevo y rechazadas me persiguen.

Pero no te voy a llorar, querido Pedro, porque si algunos merecemos lágrimas, somos nosotros, los que aún quedamos aquí. Desde tu nueva morada nos ves, y sin duda has notado una inmensa compasión, y, quizás repugnancia, al vernos, pobres humanos, apenas flotando sobre las tinieblas de la nada, respirando y roncando en la oscuridad de las alcobas y de la inconsciencia, supinos como bestias cansadas, medrosas, viles.

Ultima fotografía hallada en la máquina de P. Feliu. L. A. Aller parte de la primera reunión de la Mano, asegurado por D. Muniain.



(Foto P. Feliu)

Juntos hicimos nuestra primera y última escalada; duras ascensiones en aquellos verticales campanarios calcáreos, más bellos y más blancos que cualquier otro, como torres de guardia para los ángeles. Y es que, verdaderamente, bien sean inundadas o quemadas por el sol o refrigeradas y lavadas por las lluvias, tus tan queridas paredes de Echauri, Pedro, tienen relaciones permanentes con el Cielo.

Como compañero de cordada te voy a pedir un favor, acuérdate de mí, y de todos aquellos que como yo, tuvimos nuestra vida y nuestro destino pendiente de tu misma cuerda.